

La Iglesia, la esperanza y el futuro

Cardenal Mario Grech,

Secretario General de la Secretaría General del Sínodo

Ningún otro autor de la literatura del siglo veinte ha ofrecido una representación más bella de la esperanza que Charles Péguy. En su obra *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Péguy nos proporciona intuiciones bellas, profundas y estimulantes sobre la segunda virtud teologal, es decir, la esperanza.

Él escribe que la *Fe ve lo que es, la Esperanza ve lo que será, y el Amor ama lo que es*. Estas palabras ofrecen mucho en qué pensar sobre nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor. En mi opinión, sirven como una clave muy apropiada para entender qué es la Iglesia, o mejor, para entender la forma en que vivimos como Iglesia, porque la eclesiología nunca es solo un concepto sino también siempre una experiencia vivida. La reflexión poética de Péguy ofrece una arquitectura espiritual, una brújula teológica y un marco inspirador para la renovación. En el contexto de la sinodalidad, estas líneas ofrecen una profunda invitación a reimaginar cómo la Iglesia escucha, discierne y camina unida.

Deseo comenzar con la tercera virtud: el amor, que es la más evidente. Amamos la Iglesia, y por eso estamos aquí; por eso trabajamos cada día por el bien de la Iglesia. Albergamos con entusiasmo su misión. Hay poco que ganar materialmente sirviendo a la Iglesia. El amor no es una emoción que sentimos por la Iglesia, sino la forma en que la habitamos. Nada justifica nuestro compromiso con la Iglesia a menos que nuestro trabajo esté motivado por el amor. Los diversos carismas y ministerios que tenemos dentro de la Iglesia, y la forma en que cumplimos nuestros deberes, son un claro testimonio de nuestro amor por la Iglesia de Cristo y su misión. Este amor es lo que hace posible la comunión y anima nuestro camino juntos.

El amor es la virtud que nos mantiene firmes cuando todo lo demás parece incierto. El amor no espera la perfección para abrazar—elige comprometerse con la realidad tal como es, con toda su fragilidad, complejidad y belleza. En el contexto de la sinodalidad, el amor no es un sentimiento pasivo; es un compromiso activo hacia la comunión, incluso cuando el camino no está claro o las conversaciones son difíciles. Solo el amor puede hacernos permanecer en la mesa cuando la comprensión falla.

El amor es la decisión de permanecer presente. Es la negativa a desvincularse cuando surgen tensiones, la disposición a escuchar cuando las voces chocan, y el coraje de permanecer en la mesa cuando el consenso parece distante. Es la madurez espiritual que reconoce que la unidad no es uniformidad, y que la verdadera comunión, enraizada en el Espíritu Santo, se forja no solo en el acuerdo, sino en el respeto mutuo y el propósito compartido.

En el proceso sinodal, el amor se expresa a través de la ternura y la fidelidad—ternura hacia aquellos que se sienten no escuchados o excluidos, y fidelidad a la Iglesia como cuerpo viviente, llamado a crecer y evolucionar. El amor es lo que nos permite crear espacio unos para otros, honrar la dignidad de cada voz y confiar en que el Espíritu está obrando incluso en nuestros desacuerdos.

De hecho, el amor va de la mano con la fe. No solo amamos la Iglesia, sino que también creemos en ella. La vemos como un signo, símbolo y sacramento de la presencia de Dios en el mundo, de Su palabra salvífica y Sus acciones. Nuestra Iglesia no es perfecta — lejos de ello — nunca lo ha sido y nunca lo será. No obstante, a través de la fe, podemos distinguir el trigo de la cizaña, la gracia de Dios del pecado humano. ¿Por qué? Porque creemos. Porque dentro de esta institución humana, vemos algo que es más que humano — algo divino. La fe no es optimismo ciego, sino el reconocimiento lúcido de la realidad. La fe ve la Iglesia como es—su vitalidad y sus heridas, sus

tradiciones y sus tensiones, su unidad y sus polarizaciones. En un camino sinodal, esto significa comenzar con una escucha radical: de todo el Pueblo de Dios, de los gritos de los marginados y de la sabiduría arraigada en la tradición. La fe nos ancla en la verdad, y la verdad es el único suelo en el que puede crecer una genuina transformación.

Péguy no solo habla de fe y amor, sino también de esperanza. Esta virtud, en la forma en que la describe, tiene mucho que ver con el futuro. Mientras que la fe y el amor se relacionan con el presente, la esperanza se relaciona con el futuro. La esperanza nos recuerda que no todo está completo. Aplicada a la Iglesia, la esperanza es una garantía—nos dice que la Iglesia tiene un futuro—¡que el santo pueblo de Dios tiene un futuro! También denota un sentido de misión, porque tenemos que construir este futuro. Pero, en última instancia, tengamos también presente que la esperanza es una virtud teologal—viene de Dios y conduce a Dios. La esperanza no es meramente una garantía y el otorgamiento de una misión; es también un recordatorio de que el futuro es de Dios, y estamos en Sus manos. Nuestra esperanza está enraizada en la persona de Jesucristo y en la certeza de lo que Dios ha prometido en Él.

La esperanza y el futuro exigen de nosotros un sentido de desapego, de entregarse. La esperanza nos enseña a trabajar sin poseer lo que construimos. Pero también sabemos que el futuro es más grande que el pasado y el presente, y este es principalmente el futuro de Dios. Ponemos nuestro trabajo, nuestra misión en Sus manos. En el camino sinodal, la esperanza nos sostiene a lo largo del delicado y arduo sendero del discernimiento y la conversión.

Péguy, en su obra, parece priorizar la esperanza y el futuro. Hay mucho que aprender de esto, y no estoy meramente interesado en argumentar contra el pesimismo que a menudo se apodera de la Iglesia. Si el futuro está en las manos de Dios, entonces esto nos otorga libertad y humildad respecto a nuestras acciones en el presente. Hacemos nuestra parte con humildad, sin encasillar a Dios en nuestras categorías o limitar el futuro dentro de nuestra comprensión presente. Cumplimos nuestro deber con libertad interior, sabiendo que, en última instancia, el futuro pertenece a Dios, quien puede sanar nuestras imperfecciones. Me viene a la mente la frase del Evangelio de Lucas: "Somos siervos inútiles; solo hemos hecho nuestro deber." (Lc 17,10). Quizás no somos completamente inútiles, pero, sin embargo, somos indignos en comparación con la gracia de Dios. Simplemente hemos hecho nuestro deber; el resto pertenece a Dios, y el futuro es Suyo. Esperamos, no porque preveamos el resultado, sino porque hemos conocido a Aquel que sostiene el futuro.

Esta es una clave para entender el proceso sinodal. Mucho se ha logrado, y se ha hecho porque amamos la Iglesia y creemos que hoy la Iglesia está llamada a expresar su naturaleza a través de un enfoque sinodal. Pero miremos también hacia adelante, recordando que hay más por hacer; una verdad que reconoceremos cada vez más a medida que este encuentro se desarrolle. Sin embargo, no todo esto nos corresponde hacer. El futuro pertenece a Dios, por eso miramos hacia adelante con esperanza. También miramos hacia adelante con humildad — hemos hecho nuestra parte; el resto está en las manos de Dios. Por eso enfrentamos el futuro con libertad: no estamos atados a nuestros proyectos; la Iglesia pertenece a Dios, quien completará, cambiará y perfeccionará lo que hemos hecho. Esto es lo que la esperanza realmente significa.

Este debería, por lo tanto, ser el sentimiento que caracteriza nuestra celebración jubilar, especialmente en este año dedicado a la esperanza y en la fase actual de recepción e implementación de los frutos del Sínodo. Estamos aquí porque amamos la Iglesia y creemos en la Iglesia, pero quizás más importante aún, porque esperamos en la Iglesia. Es una esperanza que no se basa en nuestros sueños ni en nuestras ideas, sino en la convicción de que la Iglesia es la Iglesia de Dios y que su futuro está asegurado.

Por esta razón, como nos recuerda Péguy, *la esperanza ama lo que aún no ha venido*—lo que se desplegará en el futuro y en la eternidad.